





# CONTRAPUNTO



ALDOUS HUXLEY

# CONTRAPUNTO

Traducción de Lino Novás Castro



Huxley, Aldous  
Contrapunto. - 1a ed. - Ciudad Autónoma  
de Buenos Aires : Edhasa, 2014.  
592 p. ; 22,5x14 cm.

Traducido por: Lino Novas Castro  
ISBN 978-987-628-324-3

1. Narrativa Inglesa. 2. Novela. I. Lino  
Novas Castro, trad. II. Título  
CDD 823

Título original: *Point Counter Point*

Diseño de cubierta: Juan Balaguer y Cristina Cermeño

Primera edición en Argentina: agosto de 2014

© Mrs. Laura Huxley, 1928

© Lino Novás Castro,

© de la presente edición: Edhasa, 2014

Avda. Diagonal, 519-521  
08029 Barcelona  
Tel. 93 494 97 20  
España  
E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

Avda. Córdoba 744, 2° piso C  
C1054AAT Capital Federal  
Tel. (11) 43 933 432  
Argentina  
E-mail: [info@edhasa.com.ar](mailto:info@edhasa.com.ar)

ISBN: 978-987-628-324-3

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Impreso por Arcangel Maggio - División libros

Impreso en Argentina

¡Tediosa es la condición de humano!  
Naces bajo una ley, y a otra  
te descubres ligado;  
vanamente te engendran, pero tienes  
prohibido el ser vano;  
enfermo te han creado y veste  
compelido a estar sano.

¿Qué propósito  
tendrá Natura en tan diversas leyes  
—la pasión, la razón— que de la propia  
división son la causa?

FULKE GREVILLE



## I

—¿No volverás tarde?

Había una gran ansiedad en la voz de Marjorie Carling; había algo semejante a una súplica.

—No; no volveré tarde —dijo Walter, con la culpable y desdichada certeza de que lo haría.

El tono de Marjorie, un poco tardo, excesivamente refinado hasta dentro de la aflicción, le molestaba.

—No después de medianoche.

Ella habría podido recordarle los tiempos en que no salía nunca de noche sin ella. Habría podido hacerlo; pero no quería; iba contra sus principios: no quería forzar su amor en modo alguno.

—Bueno, digamos la una. Ya sabes lo que son estas fiestas.

Pero, en realidad, ella no lo sabía, por la sencilla razón de que, no siendo su esposa, no se le convidaba a ellas. Había dejado a su marido para vivir con Walter Bidlake, y Carling, que tenía sus escrúpulos cristianos unidos a un ligero sadismo, gustaba su venganza negándose a concederle el divorcio. Hacía dos años que vivían juntos. Dos años solamente, y ya él había dejado de amarla para comenzar a amar a alguna otra. La falta iba perdiendo su única excusa y las molestias de orden social su única contrapartida. Y ella estaba encinta.

—A las doce y media —imploró ella, aunque sabía que al importunarle así no haría sino fastidiarle, sino inclinarle a que la amara menos.

Pero ella no podía contenerse; le amaba demasiado; sus celos eran demasiado dolorosos. Las palabras le brotaban a pesar de sus princi-

pios. Hubiera sido mejor para ella, y acaso también para Walter, que tuviese menos principios y más franqueza para dar a sus sentimientos la violenta expresión que demandaban. Pero Marjorie había sido educada bajo las normas de un absoluto dominio de sí misma. Sabía que sólo las personas vulgares hacían aspavientos. Un suplicante “A las doce y media, Walter» fue todo lo que consiguió escapar a sus principios. Demasiado débil para conmoverlo, el suave desahogo no podía hacer sino fastidiarle. Ella lo sabía, y, sin embargo, no lograba contenerse.

—Bueno. Ya veré si me es posible. —Ya, ya estaba: la exasperación marcada en su tono—. Pero no te lo puedo garantizar. No me esperes con demasiada seguridad.

“Porque, por supuesto —pensaba (mientras la imagen de Lucy Tantamount le acosaba, inflexible)—, no volvería ciertamente a las doce y media.”

Walter dio los toques finales a su corbata blanca. Por el espejo vio que el rostro de Marjorie, junto al suyo, le miraba. Era un rostro pálido y tan descarnado, que la luz que descendía de la lámpara eléctrica suspendida sobre ellos hacía una sombra en los hoyos de sus mejillas. Tenía los ojos cercados de negro. Su nariz, recta, un tanto larga hasta en los mejores momentos, sobresalía, desolada, de su rostro sin carnes. Tenía el feo aspecto de una mujer enferma y cansada. Dentro de seis meses nacería su bebé. Algo que había sido una simple célula, un grupo de células, una bolsa de tejido, una especie de gusano, un pez en potencia con sus agallas, se agitaba en su seno y vendría a ser un hombre con el tiempo: un hombre hecho que se daría al goce y al sufrimiento, al odio y al amor, al pensamiento, al recuerdo y a la imaginación. Y lo que había sido en su cuerpo una ampolla gelatinosa inventaría un dios y un culto; lo que había sido una especie de pez crearía, y, habiendo creado, se convertiría en un campo de batalla para la disputa entre el bien y el mal; lo que en ella había vivido oscuramente, como un gusano parasitario, contemplaría las estrellas, escucharía música, leería versos. Una cosa se convertiría en una persona; una minúscula masa de materia llegaría a ser un cuerpo humano, una

mente humana. El portentoso proceso de la creación se desarrollaba en su interior; pero Marjorie sólo tenía conciencia de la enfermedad y de la lasitud; para ella el misterio sólo significaba fatiga y fealdad y una crónica ansiedad por el futuro, dolor de espíritu junto a las molestias del cuerpo. Al reconocer los primeros síntomas de su embarazo había sentido o intentado sentir alegría, a pesar de los temores que la acosaban respecto a las consecuencias físicas y sociales. El hijo, creía Marjorie, le devolvería a Walter (que había comenzado ya a abandonarla). Despertaría en él nuevos sentimientos que compensaran aquel elemento que parecía faltar en su amor hacia ella. Marjorie temía el dolor, temía las dificultades y los inconvenientes inevitables. Pero todo lo sufriría con gusto a condición de que las penas, las dificultades dieran motivo a una renovación y fortalecieran los lazos que la ligaban a él. A pesar de todo, Marjorie estaba contenta. Y al principio sus previsiones parecían justificadas. La nueva de que iba a tener un hijo había avivado la ternura del hombre. Durante dos o tres semanas se sintió dichosa, acogió de buen grado las penas y las molestias. Luego todo fue cambiando gradualmente. Walter se había encontrado con la otra. En los intervalos en que no corría detrás de Lucy, todavía se esforzaba en conservar una apariencia de solicitud. Pero ella sentía que esta solicitud estaba cargada de resentimiento, que Walter no se mostraba tierno y atento sino por un sentido del deber, que detestaba al hijo que le obligaba a prestar tanta consideración a la madre. Y puesto que él lo detestaba, ella comenzaba a detestarlo también. No recubiertos ya de la capa de felicidad, sus temores surgieron a la superficie y embargaron su espíritu. El dolor y la molestia: he aquí cuanto le tenía reservado el porvenir. Y entretanto, la fealdad, la enfermedad, la fatiga. ¿Cómo podría luchar ella en este estado?

—¿Ya no me quieres, Walter? —preguntó de repente.

Walter apartó momentáneamente sus ojos castaños de la imagen de su corbata y los volvió hacia el reflejo de los tristes ojos grises que le contemplaban con un mirar intenso. Sonrió... “¡Si siquiera me dejara en paz!”, pensó. Frunció los labios y los volvió a abrir en un simulacro de beso. Pero Marjorie no devolvió su sonrisa. Su rostro

permaneció inmóvil y triste, fijo en una intensa congoja. Sus ojos cobraron un brillo tembloroso y de súbito aparecieron lágrimas en sus pestañas.

—¿No podrías quedarte conmigo esta noche? —suplicó ella, a pesar de todas sus heroicas resoluciones de no aplicar ninguna exasperante compulsión a su amor, de dejar que él obrara de acuerdo con su voluntad.

Viendo aquellas lágrimas y escuchando el sonido de aquella voz temblorosa y cargada de reproche, Walter se sintió sobrecogido por una emoción que era a la vez pesar y resentimiento, cólera, piedad y vergüenza.

“Pero ¿no comprendes —era lo que él hubiera querido decir, lo que diría, si le acompañara el valor—, no comprendes que ya no es, que ya no puede ser como era antes? Y, a decir verdad, acaso no haya sido jamás como tú has creído, quiero decir nuestro amor, ni como yo he tratado de representármelo. Seamos amigos, seamos compañeros. Yo te quiero, yo te tengo un gran afecto. Pero, por el amor de Dios, no me envuelvas de este modo en el amor; no me impongas tu amor con esa fuerza. ¡Si supieras cuán horrible es el amor para quien no lo siente, qué profanación, qué ultraje...!”

Pero ella lloraba. Las lágrimas le manaban, gota a gota, a través de sus párpados cerrados. Su rostro, tembloroso, cobró una mueca de dolor. Y él era el verdugo. Walter sintió odio hacia sí mismo.

“Pero ¿por qué he de dejarme prender en el engaño de sus lágrimas?” —se preguntó, y a esta pregunta sintió odio también hacia ella.

Una lágrima resbaló por la larga nariz de Marjorie.

“Ella no tiene derecho a proceder de este modo, a ser tan poco razonable. ¿Por qué no se avendrá a la razón? Porque me ama. ¡Pero yo no quiero su amor, no lo quiero!”

Walter se sintió montar en cólera. No tenía por qué amarle de aquel modo, al menos entonces.

“Es un chantaje —se repetía interiormente—. Un chantaje. ¿Por qué ha de emplear contra mí las armas de su amor y el hecho de que también yo la he amado?... Pero ¿la habré amado realmente alguna vez?”

Marjorie sacó un pañuelo y comenzó a secarse los ojos. Walter se avergonzó de sus odiosos pensamientos. Sin embargo, ella era la causante de su afrenta; ella tenía la culpa. Debía haber permanecido con su marido. Habrían podido entenderse; se habrían visto, algunas tardes, en un estudio... Todo muy romántico.

“Pero, después de todo, yo fui quien insistió en que se viniera conmigo... Mas ella debió tener la prudencia de rehusar. Debió comprender que eso no podía durar eternamente.”

Pero Marjorie había hecho lo que él le había pedido que hiciese; lo había abandonado todo, había aceptado el ostracismo social: todo por él. Otra especie de chantaje. Se lo imponía por medio del sacrificio. Walter se resentía de la presión que tales sacrificios ejercían sobre él apelando a su sentido de la decencia y del honor.

“Pero si ella tuviera la menor noción de estos sentimientos —pensó— no explotaría los míos.”

Mas el niño estaba de por medio.

“¿Por qué diablos había permitido ella que viniese al mundo?”

Walter lo detestaba. El hijo aumentaba su responsabilidad hacia la madre; agravaba su culpabilidad si la hacía sufrir. La vio enjugarse el rostro surcado de lágrimas. ¡El embarazo la hacía tan fea, tan vieja! ¿Cómo podía esperar una mujer...? ¡Mas no, no, no! Walter cerró los ojos, sacudió la cabeza con un estremecimiento apenas perceptible... El innoble pensamiento debía ser excluido, repudiado.

“¿Cómo es posible que piense yo tales cosas? —se preguntó; y la oyó repetir:

—No vayas.

Cómo le rayaba los nervios aquel timbre agudo, tardo y refinado!

—Por favor, Walter, no vayas.

En su voz había un sollozo. Todavía más chantaje. ¡Ah! ¿Cómo podía someterse él a esta humillación? Y, no obstante, a pesar de la vergüenza que le abrumaba, y en cierto sentido a causa de esta misma vergüenza, siguió experimentando aquella ignominiosa emoción con una intensidad que más bien parecía aumentar que disminuir. Por avergonzarse de su frialdad hacia ella, esa frialdad se acentuaba; los

dolorosos sentimientos de ignominia y rencor hacia sí que Marjorie despertaba en él contribuían a hacérsela más odiosa. El resentimiento engendraba la vergüenza y, a su vez, la vergüenza engendraba nuevos resentimientos.

“¡Oh! ¿Por qué no podrá dejarme tranquilo?”

Lo deseaba intensa, furiosamente, con una exasperación tanto más salvaje cuanto más reprimida. (Porque Walter carecía del valor brutal de expresarla; tenía compasión de la mujer, sentía afecto hacia ella, a pesar de todo; era incapaz de mostrarse franca y abiertamente cruel; sólo era cruel por debilidad y contra su deseo.)

“¿Por qué no me dejará en paz?”

¡Cuánto la querría si solamente le dejara en paz!

Ella también sería más dichosa. Sí, mucho más dichosa. Redundaría en su propio beneficio... Pero, de pronto, Walter se percató de su hipocresía.

“Mas, de todos modos, ¿por qué diablos no me dejará hacer lo que quiero?”

¿Qué quería él? ¡Ah, lo que Walter quería se llamaba Lucy Tantomount! Y la quería contra la razón, contra todos sus principios ideales, locamente, a pesar de sus propios deseos, hasta contra sus sentimientos; porque Walter no sentía gran afecto hacia Lucy; en realidad la detestaba. Un fin noble puede justificar medios vergonzosos. Pero cuando el fin es vergonzoso... ¿qué decir? A causa de Lucy hacía él sufrir a Marjorie —Marjorie, que le amaba, que había hecho sacrificios por él, que era desdichada—. Pero la desdicha de Marjorie era un medio de chantaje contra él.

—Quédate conmigo esta noche —imploró ella una vez más.

Walter sintió que una parte de su espíritu se incorporaba al ruego y lo instaba a renunciar a la fiesta y a quedarse en casa. Pero la otra parte era más fuerte. Le contestó con mentiras, semimentiras, que, debido al elemento de verdad, hipócritamente justificativo, que contenían, eran todavía peores que las mentiras francas y sin ambages.

Walter la rodeó con el brazo. El gesto era una falsedad en sí mismo.

—Pero, mi cielo —protestó él en el tono lisonjero que se emplea para mover a un niño a que se porte razonablemente—, tengo que ir sin falta. Como sabes, mi padre estará allí. —Eso era cierto. El viejo Bidlake asistía siempre a las tertulias de los Tantamount. —Y tengo que hablar con él... De negocios —añadió con cierta importancia y vaguedad, soltando con esta palabra mágica una especie de cortina de humo de intereses masculinos entre él y Marjorie.

“Pero la mentira —reflexionó Walter— sería bien visible a través del humo.”

—¿No podrías verlo en cualquier otro momento?

—Es importante —contestó él meneando la cabeza—. Y además —agregó, olvidando que siempre son menos convincentes varias excusas que una sola—, lady Edward ha invitado, expresamente por mí, al director de un diario americano. Podría serme útil: sabes lo bien que pagan esas gentes. —Lady Edward le había dicho que le invitaría, caso de que no hubiese embarcado ya para América, lo cual se temía mucho. —Pagan cantidades fabulosas —continuó él, reforzando su cortina con digresiones—. Es el único país del mundo donde un escritor puede ganar demasiado —Walter trató de reír—. Y no me vendrá mal un poco de esa sobrepaga para pensar este régimen de dos guineas por millar de palabras.

La apretó con más fuerza, se inclinó para besarla. Pero Marjorie apartó el rostro.

—Marjorie —imploró él—, no llores. Por favor.

Walter se sentía culpable e infeliz. Mas ¿por qué, por qué no le dejaría en paz?

—No lloro —respondió ella.

Pero, al besarla, sus labios hallaron fría y húmeda la mejilla.

—Marjorie, si tú no quieres que vaya, no iré.

—Pero si yo quiero que vayas... —contestó ella, con el rostro desviado todavía.

—No es verdad. Me quedaré.

—No, no debes. —Marjorie le miró, haciendo un esfuerzo por sonreír—. No hagas caso de mis simplezas. Sería estúpido que dejaras de ver a tu padre y a ese americano.

Sus excusas, devueltas de este modo hacia él, le parecieron particularmente vanas y de escasa fuerza. Walter hizo una ligera mueca de disgusto.

—Que esperen —contestó, con una nota de cólera en su voz.

Cólera contra sí mismo por haber presentado tan mentirosas excusas. ¿Por qué no le había dicho, sin rodeos, la verdad cruda y brutal? Después de todo, ya ella la conocía; y Walter se sintió indignado contra ella por habérselas recordado. Hubiera preferido verlas caer inmediatamente en el pozo del olvido y sentirse como si jamás hubieran sido pronunciadas.

—No, no; insisto en que vayas. He sido una tonta. Perdóname.

Al principio Walter se resistió, rehusó ir, se empeñó en quedarse. Como ya no había peligro de que tuviera que quedarse, podía permitirse insistir. Porque evidentemente, Marjorie era sincera en su determinación de dejarle partir. Así que se le presentaba una ocasión de mostrarse noble y abnegado a poca o ninguna costa. ¡Qué odiosa comedia! Sin embargo, él la representaba. Al fin consintió en partir, como si le hiciera un favor especial en no quedarse. Marjorie le anudó la bufanda, le trajo los guantes y la chistera y le dio un ligero beso de despedida, representando valerosamente la comedia de la alegría. Ella tenía su orgullo y su código de honor en lances amorosos; y a pesar de su aflicción, a pesar de sus celos, permaneció fiel a sus principios: Walter debía ser libre; ella no tenía derecho a poner obstáculos a sus asuntos. Además, la mejor táctica consistía en no ponerlos. Al menos, así lo esperaba ella.

Walter cerró la puerta tras sí y salió al fresco de la noche. Un criminal, huyendo del lugar de su crimen, huyendo al espectáculo de su víctima, huyendo al remordimiento y a la compasión, no se hubiera sentido más profundamente aliviado. Al llegar a la calle respiró a pleno pulmón. Era libre. Libre de todo recuerdo y de toda previsión. Libre, por una o dos horas, de negarse a admitir la existencia del pasado o del porvenir. Libre de vivir sólo el presente, en tiempo y lugar, en el sitio en que su cuerpo acertara a encontrarse en cada instante, Libre... pero se jactaba en vano; continuó recordando. No era cosa tan fácil escapar. La voz de Marjorie le perseguía. “Insisto en que vayas.” En

su crimen había habido fraude, además de homicidio. “Insisto.” ¡Cuán noblemente había protestado él! Y, al fin, ¡con qué magnanimidad había cedido! Era añadir la trampa a la crueldad.

“¡Oh —exclamó casi en voz alta—. ¿Cómo he podido proceder así?”

Su propia conducta le producía a la vez asombro y repugnancia.

“Pero, ¡si siquiera me dejara en paz! —continuó—. ¿Por qué no se avendrá a la razón?”

Y una cólera débil y fútil estalló de nuevo en su interior.

Walter evocó la época en que sus deseos habían sido bien diferentes. En un tiempo había cifrado toda su ambición en que Marjorie no le dejase en paz. Él había alentado su devoción. Recordaba la casita en que habían vivido solos, el uno para el otro, durante tantos meses, en medio de las desnudas lomas. ¡Qué magnífica perspectiva sobre Berkshire! Pero distaba milla y media del pueblo más cercano. ¡Cómo pesaba aquel saco de provisiones! ¡Y el fango en tiempo de lluvias! ¡Y el cubo que había que sacar del pozo con la manivela! El pozo tenía más de treinta metros de profundidad. Pero, aun cuando no ejecutaba ninguna labor penosa, como la de sacar agua del pozo, ¿se había sentido real y plenamente dichoso con Marjorie, tan dichoso al menos como se había figurado que sería, como debía haberlo sido en tales circunstancias? Debía haber sido como en *Epipsychidion*; pero no lo era, acaso porque Walter había querido demasiado conscientemente que fuese así, porque había tratado de modelar deliberadamente sus sentimientos y la vida de ambos conforme a la poesía de Shelley.

“No hay que tomar el arte demasiado literalmente.”

Walter recordó lo que había dicho su cuñado Philip Quarles una tarde en que se hallaban hablando de poesía: —Especialmente en lo que concierne al amor.

—¿Ni aun cuando sea verdad? —había preguntado Walter.

—Puede ocurrir que sea demasiado verdad, sin la menor impureza, como el agua destilada. Cuando la verdad no es sino verdad, es algo antinatural, es una abstracción que no se parece a nada del mundo

real. En la naturaleza existe siempre multitud de cosas extrañas mezcladas con la verdad esencial. Por eso el arte nos conmueve; precisamente por estar limpio de las impurezas de la vida real. Las orgías reales no son jamás tan excitantes como los libros pornográficos. En un volumen de Pierre Louys, todas las mujeres son jóvenes y de líneas perfectas; no existe hipo ni mal aliento, fatiga ni fastidio, recuerdos de facturas por pagar ni cartas comerciales por contestar que vengán a interrumpir el deliquio. El arte nos da la sensación, la idea y el sentimiento absolutamente puros: químicamente puros, quiero decir –había agregado riendo–, no moralmente.

–Pero *Epipsychidion* no es pornografía –había objetado Walter.

–No, pero, desde el punto de vista del químico, es igualmente puro. ¿Cómo dice aquel soneto de Shakespeare?

*My mistress'eyes are nothing like the sun;  
Coral is far more red than her lips'red;  
if snow is white, why then her breasts are dun;  
If hairs be wires, black wires grow on her head.  
I have seen roses damask'd, red and white,  
But no such roses see I in her cheeks;  
And in some perfumes is there more delight  
Than in the breath that from my mistress reeks.<sup>1</sup>*

...Y así sucesivamente. El autor había tomado a los poetas demasiado literalmente y comenzaba a reaccionar. ¡Que le sirva a usted de advertencia!

Desde luego, Philip había tenido razón. Los meses transcurridos en aquella casita no se habían parecido en modo alguno a *Epipsychidion* o a *La Maison du Berger*. Ciertamente existía el pozo y el recorrido hasta el poblado... Pero si no hubiera existido el pozo ni el recorrido, si hubiera tenido a Marjorie absolutamente pura, ¿habría sido mejor? Acaso hubiera sido aun peor. Marjorie químicamente pura hubiera sido acaso peor que Marjorie atemperada por impurezas extrañas.

1. No hay soles en los ojos de mi amada;  
De alambre y de carbón son sus cabellos;  
No envidias al coral darán sus labios,  
Y es morena la nieve de sus pechos.  
Hay rosas en colores, rojo y blanco,  
Mas ninguna florece en sus mejillas;  
Y exhalan más delicias los perfumes  
Que aromas de su aliento se destilan.

Por ejemplo, aquella distinción de que hacía gala, aquella virtud un tanto fría, exangüe y espiritual: Walter la admiraba teóricamente y a distancia. Pero ¿de cerca y en la práctica? Aquella virtud, aquella espiritualidad refinada, culta y exangüe, unida a la desdicha de Marjorie, era lo que le había enamorado; porque Carling era un ser execrable. La piedad había hecho de Walter un caballero andante. El amor, había creído entonces (porque en la fecha tenía sólo veintidós años; era un joven ardientemente puro, con la adolescente pureza de los deseos sexuales vueltos al revés; acababa de salir de Oxford y se hallaba atiborrado de poesía y de las elucubraciones de los filósofos y de los místicos), el amor era conversación; el amor era comunión espiritual y camaradería. Ese era el amor verdadero. La parte sexual era sólo un capítulo aparte, inevitable, porque, desdichadamente, los seres humanos tienen también sus cuerpos, pero que debía relegarse, en lo posible, a último plano. Ardientemente puro, con el ardor de los deseos jóvenes, artificialmente dirigidos a brillar angélicamente, había admirado aquella refinada y apacible pureza que, en Marjorie, era el producto de una frialdad natural, de una vitalidad congénitamente baja.

“¡Qué buena eres! —le había dicho—. Parece salirte tan espontáneamente... Me hubiera gustado ser tan bueno como tú.”

Lo cual, aunque Walter no se daba cuenta, equivalía a desear verse medio muerto. Bajo su sensitiva corteza de timidez y apocamiento, se sentía arder de vitalidad; y, en efecto, le era bastante difícil mostrarse bueno en el sentido en que Marjorie lo era. No obstante, lo ensayó. Y, entretanto, admiró su bondad y su pureza. Y conmovido —al menos

hasta que la exasperación y el fastidio se apoderaron de él— por su devoción, se sintió halagado por la admiración de que era objeto.

Mientras marchaba ahora hacia la estación de Chalk Farm, recordó de pronto una historia que su padre solía referir, de un chófer italiano con el cual había conversado una vez acerca del amor. (El viejo, tenía el don de hacer hablar a las gentes, a toda clase de gentes, hasta los criados, hasta los obreros. Walter envidiaba su talento.) Algunas mujeres, según el chófer, se parecen a los armarios. *Sono come cassettoni*. ¡Con qué sabor contaba la anécdota el viejo Bidlake! Podrán ser tan hermosas como se quiera; mas ¿quién puede alabarse de tener un bello armario en sus brazos? O, vamos a ver, ¿qué objeto tiene? (Y Marjorie, reflexionó Walter, ni siquiera era bien parecida.) “Por mi parte —decía el chófer—, yo prefiera a las otras, aun cuando sean feas. Mi amiga —había dicho confidencialmente a Bidlake— es de la otra especie. *E un frullino, proprio un frullino*, un verdadero batidor de huevos.” Y el viejo guiñaba el ojo detrás de su monóculo, como un viejo sátiro jovial y perverso. ¿La rigidez de un armario o la vivacidad de un batidor? Walter tenía que admitir que sus preferencias corrían parejas a las del chófer. Al menos, sabía ya, por experiencia, que (siempre que el “verdadero» amor aparecía atemperado por las impurezas sexuales) no era la mujer del tipo armario la que le enamoraba. De lejos, teóricamente, la pureza, la bondad y la espiritualidad refinada eran admirables. Pero en la práctica y de cerca resultaban menos atrayentes. Y cuando parten de una persona que no nos atrae, hasta la devoción, hasta el halago de la admiración son insoportables. Confusa y simultáneamente, Walter detestaba a Marjorie por su paciente frialdad de mártir y se acusaba a sí mismo de bestial sensualidad. Su amor hacia Lucy era algo descabellado y vergonzoso; pero Marjorie carecía de sangre, estaba medio muerta. Walter se sentía, a la vez, excusado y sin excusa. Pero más sin excusa, no obstante; más sin excusa. Eran viles estos sentimientos sensuales, eran innobles... ¿Batidor o cómoda? ¿Puede concebirse nada más bajo, más innoble que esta clasificación? Imaginativamente, Walter creyó escuchar la risa plena y sensual de su padre. ¡Qué horror! Toda su vida consciente había sido orientada en

oposición de su padre, en oposición a la sensualidad jovial y negligente del viejo Bidlake. Conscientemente había estado siempre del lado de su madre, del lado de la pureza, de la refinación, del espíritu. Pero por lo menos la mitad de su sangre procedía de su padre. Y ahora, dos años de vida con Marjorie habían infundido a su conciencia un horror a la virtud fría. Walter tenía conciencia de este horror, si bien al mismo tiempo se sentía avergonzado de él, avergonzado de lo que consideraba indecentes deseos sensuales, avergonzado de su amor hacia Lucy. Pero ¡si Marjorie le dejara siquiera en paz! ¡Si al menos se abstuviera de reclamar la vuelta de aquel importuno amor que se empeñaba en servirle a la fuerza! ¡Si siquiera dejara de serle tan terriblemente devota! Walter podría brindarle amistad, pues que le profesaba un genuino afecto; era tan buena y tan cariñosa, tan fiel y tan devota... Walter acogería con gusto el pago de su amistad. Pero amor... esto era sofocante. Y cuando, creyendo luchar contra la otra con sus propias armas, Marjorie hacía violencia a su virtuosa frialdad y trataba de reconquistarlo con el ardor de sus caricias... ¡oh, entonces era terrible, verdaderamente terrible!

Y luego —continuó reflexionando— se hacía realmente un tanto fastidiosa con su pesada e insensible seriedad. En el fondo, un tanto estúpida, a pesar de su cultura... o acaso por ella. Su cultura era, sin duda, genuina; había leído libros y recordaba lo que había leído. Pero ¿los comprendía? ¿Podía comprenderlos? Las observaciones con que rompía ella sus largos, largos silencios, aquellas serias y cultas flexiones, ¡qué pesadas, qué faltas de humor y de verdadera comprensión! Era discreta en mostrarse tan silenciosa; el silencio está tan pleno de ingenio y sabiduría en potencia como el mármol por tallar de riqueza escultórica. Los silenciosos no prestan testimonio contra sí mismos. Marjorie sabía escuchar bien y con simpatía, y cuando rompía el silencio, la mitad de sus expresiones se componía de citas. Pues Marjorie tenía una gran retentiva y había formado el hábito de aprender de memoria los grandes pensamientos y los pasajes notables. Walter había tardado en descubrir la pesada estupidez y la trágica falta de comprensión que ocultaba

bajo el silencio y las citas. Y cuando hubo hecho este descubrimiento era ya demasiado tarde.

Walter pensó en Carling, aquel borracho forrado de religioso. No hacía más que hablar de santos, de casullas y de la Inmaculada Concepción, y, al mismo tiempo, era un borracho e indecente renegado. Si aquel hombre no hubiera sido tan completa y detestablemente repugnante, si no hubiera hecho a Marjorie tan dolorosamente desdichada... ¿qué? Walter se imaginó libre: no hubiera experimentado piedad, no hubiera experimentado amor. Recordó los ojos rojos e inflamados de Marjorie después de uno de aquellos detestables episodios con Carling. ¡Bruto indecente!

“¿Y yo?” —pensó de repente.

Walter sabía que Marjorie se había echado a llorar desde el instante en que la puerta se había cerrado tras él. Carling tenía, al menos, la excusa del *whisky*. Perdónalos, porque no saben lo que hacen. Pero Walter no estaba nunca bebido, y sabía que en aquel momento Marjorie se hallaba llorando.

“Debería volver a su lado» —se dijo.

Pero, lejos de hacerlo, apretó el paso hasta emprender casi una carrera calle abajo. Walter huía así de su conciencia y al mismo tiempo corría hacia el objeto de su deseo.

“Sí, mi deber es volver a su lado.”

Y continuó su marcha, horrorizado de ella precisamente por haberla hecho tan desdichada.

Un hombre que contemplaba la vitrina de una cigarrería retrocedió de pronto cuando él pasaba. Walter chocó violentamente con él.

—Perdón —dijo automáticamente.

Y apretó el paso sin volver la mirada.

—¡Eh!, ¿adónde va usted? —gritó el hombre tras él, rojo de cólera—, ¿qué cree que está haciendo, ganando el Derby?

Dos pilluelos de la calle rompieron en feroces chillidos de burla.

—Así que de chistera, ¿eh? —continuó el hombre despectivamente, lleno de odio hacia el caballero uniformado.

Lo correcto hubiera sido volverse y responderle con creces. Su padre lo hubiera reventado con una sola palabra. Pero a Walter no le

quedaba sino escapar. Tenía horror a estos encuentros, se asustaba de las clases inferiores. El eco de la ofensa se desvaneció en sus oídos.

¡Odioso! Walter se estremeció. Sus pensamientos yola ron de nuevo a Marjorie.

“¿Por qué no será razonable? —se dijo—. Nada más que razonable. Si al menos tuviera algo que hacer, algo en qué ocuparse...”

Marjorie tenía demasiado tiempo de pensar; en esto estaba su mal. Demasiado tiempo de pensar en él. Aunque, en el fondo, Walter tenía la culpa: él la había sacado de su ocupación y la había obligado a concentrar su atención exclusivamente en él. La había conocido estando ella asociada aún a una tienda de arte decorativo, uno de esos elegantes establecimientos artísticos de aficionados que se encuentran en Kensington. Las pantallas de lámpara, la compañía de las jóvenes que las pintaban y, sobre todo, la ilimitada devoción hacia Mrs. Cole, la socia principal: tales eran las compensaciones de Marjorie a su desdichado matrimonio. Ella se había creado un mundillo propio, aparte de Carling; un mundo femenino, con algo de escuela de señoritas, donde podía hablar de vestidos y bazares, escuchar las habladurías, abandonarse a lo que las colegialas llaman “pasión» por una mujer mayor, e imaginarse, en los intervalos, que desempeñaba su parte en la obra universal y que favorecía la causa del arte.

Walter la había persuadido a que renunciara a todo aquello. Su trabajo le había costado, sin embargo. Porque la dicha de consagrarse a Mrs. Cole, su “pasión» sentimental hacia ella, constituía casi una compensación a sus desdichas con Carling. Pero Carling dio en portarse de tal modo, que Mrs. Cole no bastó a compensarlo. Walter brindó a Marjorie aquello que Mrs. Cole no podía acaso —y que, ciertamente no quería— ofrecerle: un lugar de refugio, protección y ayuda económica. Además, Walter era un hombre, y un hombre, según la tradición, ha de ser amado, aun cuando —según la conclusión a que Walter había llegado con motivo de Marjorie— lo cierto es que no se quiere verdaderamente a los hombres y que sólo se está naturalmente en armonía con la sociedad de las mujeres. (¡Otra vez el efecto de la literatura! Walter recordó los comentarios de Philip Quarles acerca de la desastrosa in-

fluencia que el arte puede ejercer sobre la vida.) Sí, él era un hombre; pero “diferente de los demás», según le había dicho ella tantas veces. Él había aceptado entonces esta “diferencia» como una halagadora distinción. Pero ¿existía? Se lo preguntaba. Como quiera que fuese, ella lo había hallado entonces “diferente», de suerte que había podido disfrutar plenamente de dos mundos: un hombre que, sin embargo, no era un hombre. Encantada por las persuasivas palabras de Walter, empujada por las brutalidades de Carling, había consentido en abandonar la tienda y con ella a mistress Cole, a quien Walter detestaba como la encarnación avara, autoritaria y tiránica de la voluntad femenina.

“Vales demasiado para el oficio de tapicero de ocasión», le había dicho halagadoramente desde lo que entonces era una sincera confianza en sus capacidades intelectuales.

Marjorie podría ayudarle, de un modo todavía indeterminado, en sus trabajos literarios también ella podría escribir. Bajo su influencia había dado en escribir cuentos y ensayos. Pero eran malos a todas luces. Después de haberla alentado, se hizo reticente; no volvió a hablar de sus esfuerzos. Al poco tiempo abandonó Marjorie esta ocupación fútil y antinatural. Después de aquello no le quedaba sino Walter. Éste se convirtió en la razón de su existencia, la base sobre la cual se hallaba establecida toda su vida. Y ahora la base cedía bajo sus pies.

“¡Si siquiera –pensó Walter– me dejara tranquilo!”

Entró en la estación del metropolitano. A la entrada había un hombre vendiendo los diarios de la tarde. *El proyecto de robo de los socialistas. Primera lectura*. Estas palabras resaltaban en un cartel. Satisfecho de hallar excusa para distraer su espíritu, Walter compró un periódico. El proyecto de ley del Gobierno laborista-liberal para la nacionalización de las minas había sido aprobado en su primera lectura por la mayoría habitual. Walter leyó la noticia con placer. Tenía ideas políticas avanzadas. No eran así las ideas del propietario de su periódico vespertino. El artículo de fondo estaba escrito en el tono más violento.

“¡Infames!” –pensó Walter al leerlo.

El artículo despertó en él un estimulante entusiasmo por todo lo que atacaba, un odio regocijado hacia los capitalistas y reaccionarios.

Las, barreras de su individualidad quedaron momentáneamente derribadas; las complejidades personales, abolidas. Embargado por el goce de la lucha política, rebasó sus límites y se hizo, por así decir, superior a sí mismo: más grande y más simple.

“¡Infames!” –repitió, pensando en los opresores y monopolistas.

En la estación de Camden Town, un viejecito mustio, con un pañuelo rojo atado al cuello, se sentó a su lado. La peste que despedía la pipa del viejo era tan sofocante, que Walter tendió la vista a lo largo del coche en busca de otro asiento desocupado. Y, en efecto, había uno; pero, al reflexionar, decidió no moverse. Hubiera parecido una ofensa demasiado directa huir del hedor, y pudiera dar lugar a comentarios de parte del que lo producía. La acrimonia del humo le raspó la garganta, tosió.

“Deberíamos ser fieles a los propios gustos e instintos –solía decir Philip Quarles–. ¿De qué sirve una filosofía cuya premisa mayor no sea la racionalización de los propios sentimientos? Cuando no se ha experimentado el fervor religioso, el creer en Dios no tiene sentido. Sería como creer en la excelencia de las ostras cuando no se puede comerlas sin que le produzcan a uno náuseas.”

Una tufarada de sudor pestilente subió a las narices de Walter junto con los vapores de la nicotina. “Los socialistas –leyó en su periódico– lo llaman nacionalización; pero los demás tenemos un nombre más corto y mejor conocido para lo que ellos proponen. Nosotros lo llamamos robo.” Pero cuando menos sería robar al ladrón en beneficio de sus víctimas. El hombrecillo se inclinó hacia adelante y escupió, cuidadosa y perpendicularmente, entre sus pies. Luego aplastó el salivazo con el tacón. Walter apartó la vista; hubiera querido poder amar personalmente a los oprimidos, y personalmente odiar a los ricos opresores.

Deberíamos ser fieles a los propios gustos e instintos. Pero los propios gustos e instintos son meros accidentes. Existen principios eternos. Pero si ocurre que los principios axiomáticos no vienen a ser nuestra mayor premisa personal...

Y de pronto se vio, a la edad de nueve años, paseando con su madre por los campos cerca de Gattenden. Llevaban sendos ramilletes de

velloritas. Debían haber ido a Batt's Corner: era el único lugar de la vecindad donde había velloritas.

“Entremos un instante a ver al pobre Wetherington –había dicho su madre–. Está muy enfermo.”

La madre llamó a la puerta de la cabaña.

Wetherington había sido segundo jardinero en la casa solariega; pero hacía un mes que no trabajaba. Walter le recordaba como un hombre pálido, delgado, con accesos de tos y poco comunicativo. Wetherington no le interesaba mucho. Una mujer salió a abrir la puerta.

“Buenas tardes, Mrs. Wetherington.”

La mujer los hizo pasar.

Wetherington estaba tendido en su cama, rodeado de almohadas. Tenía un aspecto horrible. Dos ojos enormes con la pupila dilatada miraban desde el fondo de sus órbitas cavernosas. La piel, estirada sobre los huesos prominentes, era blanca y viscosa de sudor. Pero su cuello, increíblemente delgado, era acaso todavía más horrible que la cara. Y de las mangas de su camisa de noche salían dos varas nudosas, sus brazos, a cuyos extremos se veía un par de inmensas manos esqueléticas, como rastrillos al extremo de sus frágiles mangos. ¡Y qué tufo el de aquella habitación de enfermo! Las ventanas estaban herméticamente cerradas; en el pequeño hogar había fuego. El aire era caliente y estaba cargado de un aliento podrido y las emanaciones de un cuerpo enfermo –un viejo y persistente olor que parecía haberse hecho hediondo y dulzarrón a fuerza de madurar largo tiempo en el calor encerrado–. Un nuevo y fresco hedor, por fuerte y repugnante que fuese, hubiera sido menos penoso. Era la persistencia, el exceso de madurez dulzaina y averiada del olor de aquella habitación de enfermo lo que la hacía tan particularmente insoportable. Walter se estremecía aún al recordarlo. Encendió un cigarrillo para desinfectar la memoria. Había sido criado en el hábito de los baños y las ventanas abiertas. La primera vez que, siendo niño, lo llevaron a la iglesia, el aire encerrado, el olor a humanidad le habían producido náuseas; habían tenido que sacarlo a la carrera. Su madre no lo había vuelto a llevar

a la iglesia. Acaso —pensó— seamos criados de un modo demasiado higiénico, demasiado aséptico. ¿Puede llamarse buena una educación cuya resultante se traduce en asco hacia nuestros hermanos? Walter hubiera querido amarlos. Pero el amor no florece en una atmósfera que asquea al amante y le produce una repugnancia irreprimible.

En la habitación donde Wetherington yacía enfermo, hasta la piedad era difícil que floreciera. Mientras su madre hablaba con el moribundo y su mujer, Walter permaneció sentado, contemplando a su pesar, pero forzado por la fascinación del horror, el espantoso esqueleto tendido en la cama, y respirando a través de su ramillete de velloritas el hediondo aire caliente. Hasta a través del fresco y delicioso aroma de las flores llegaban a su nariz las pestilentes miasmas de la alcoba del enfermo. Apenas experimentó compasión alguna, y sí sólo horror, temor y repugnancia. Y hasta cuando Mrs. Wetherington comenzó a llorar, volviendo el rostro a fin de que el enfermo no viera sus lágrimas, sintió meons piedad que turbación y malestar. El cuadro de su dolor sólo le infundió un más ardiente deseo de huir, de salir de aquel terrible recinto hacia el aire puro e ilimitado y el sol.

Walter se avergonzaba de estas emociones al recordarlas. Pero eso era lo que había sentido, lo que sentía todavía. “Deberíamos ser fieles a nuestros instintos.” No, de ningún modo; a los malos, no; a éstos debemos resistirnos. Pero no eran fáciles de vencer. El anciano que estaba a su lado volvió a encender la pipa. Walter recordó que había contenido la respiración el mayor tiempo posible a fin de no tener que inhalar y sentir aquel aire pestilente con demasiada frecuencia. Una profunda bocanada de aire a través de las velloritas; luego había contado hasta cuarenta antes de espirarla y absorber otra. El viejo se inclinó de nuevo y escupió. “La idea de que la nacionalización habrá de mejorar las condiciones del obrero es completamente falaz. Durante varios años el contribuyente ha aprendido a propia costa la significación del control burocrático. Si los obreros se figuran...”

Walter cerró los ojos y vio el cuarto del enfermo. Luego, al despedirse, había tomado la mano esquelética, que permanecía inerte sobre la ropa; Walter había deslizado sus dedos bajo aquellos otros muertos

y descarnados, había levantado la mano por un momento y la había dejado caer de nuevo. La mano estaba fría y húmeda al tacto. Walter se volvió, para limpiar subrepticamente su palma en la chaqueta. Dejó escapar, con un suspiro explosivo, la respiración largo tiempo contenida y llenó de nuevo los pulmones con una bocanada de aire pestilente. Fue la última que tuvo que absorber; su madre se dirigía ya hacia la puerta. Su pequeño pequinés retozaba en torno a ella, ladrando.

—¡Calla, *T'ang!*—dijo ella con su deliciosa y clara voz.

Era acaso la única persona en Inglaterra —pensó Walter al recordarlo— que pronunciaba correctamente el apóstrofo de *T'ang*.

Marcharon hacia la casa por un sendero de peatones a través de los campos. Inverosímil y fantástico como un pequeño dragón chino, *T'ang* corría ante ellos dando ligeros saltos sobre los que para él eran enormes obstáculos. Su cola, en forma de penacho, flotaba al viento. A veces, cuando la hierba era muy alta, se sentaba sobre su pequeño trasero plano, como pidiendo azúcar, y miraba con sus redondos y abultados ojos por sobre los montecillos de hierbas, tratando de orientarse.

Bajo un cielo brillante y aborregado, Walter se había sentido como un prisionero que recobra la libertad. Corrió, gritó. Su madre caminaba lentamente, sin hablar. De cuando en cuando se detenía por un momento y cerraba los ojos. Era una cosa habitual en ella cuando se hallaba perpleja o pensativa. Se hallaba perpleja con frecuencia, pensó Walter sonriendo tiernamente para sí. El pobre Wetherington debía haberla preocupado mucho. Walter recordaba con cuánta frecuencia se había detenido ella de vuelta a casa.

“Vamos, madre, date prisa —había gritado Walter con impaciencia—. Llegaremos tarde para el té.”

La cocinera había preparado tortas para el té, quedaba todavía queque de pasas del día anterior y un tarro de compota de cerezas de la casa Tiptree, recientemente abierto.

“Deberíamos ser fieles a nuestros gustos e instintos.” Pero un accidente de nacimiento los había determinado para él. La justicia era eterna; la caridad y el amor fraternal eran bellos a pesar de la pipa del viejo y el cuarto de enfermo de Wetherington. Bellos precisamente a

causa de estas cosas. El tren acortó la marcha. Leicester Square. Walter bajó al andén y marchó hacia los ascensores. Pero la premisa mayor personal, iba pensando, es difícil de negar; y en la premisa mayor, no personal, por excelente que sea, es difícil de creer. El honor, la fidelidad... estas eran cosas buenas. Pero la premisa mayor personal de su filosofía presente consistía en que Lucy Tantamount era la más bella, la más deseable...

—Los billetes, hagan el favor.

El debate amenazó con surgir de nuevo. Walter lo sofocó deliberadamente; el hombre del ascensor cerró las puertas de golpe; ascendió la cabina. En la calle Walter llamó a un taxi.

—Tantamount House, Pall Mall.